

POETAS Y MONTAÑAS

SOBRE UNOS PENSAMIENTOS QUE NO QUIEREN FLORECER

Nos piden demasiados milagros;
me consideraré muy feliz cuando
haga oír a un ciego.

J. Cocteau

Es tarea fácil el pedir que se piense; trabajo más difícil es el decidirse a pensar, y más arduo aún el pensar.

Claro está, que no llamo pensar, a ese vuelo de mariposa, que de continuo inicia nuestra imaginación, al más leve motivo. Este pensar inconsciente, no llega ni a divagación. El que se dispone a pensar, es decir, el que imagina la elaboración de un pensamiento como quien proyecta un vuelo en aeroplano, traza en el aire un aprisco en donde recluir el rebaño de su imaginación. Y el que llega a la consecución de un pensamiento,—flor nacida en tierra de cerebro con regadío cardial—ha conseguido construir, cristalizar en una sentencia, todo el tropel de vaguedades que sale de nuestras cabezas, como humos de chimeneas fabriles que no se utilizan. Si las nubes no se condensasen en gotas de lluvia, no nos preocuparían. Así las emanaciones del cerebro humano.

Un buen día, propuse yo un «Concurso de Pensamientos de Montaña», convencido de que no se haría esperar una fertilizadora lluvia de ellos. Más solamente un poeta contestó a mi llamamiento, y con acento pesimista. En ambas cosas—en ser él el primero que irrumpía en el concurso gallardamente, y en hacerlo con tono fatalista—demostró ser poeta consumado. Realizó, y bellamente, lo que según él era irrealizable, y aprovechó la oportunidad de realizarlo, para decir que no se podía realizar. Siempre ha sido privilegio de poetas, el demostrar con sus estrofas lo que no querían expresar

con sus ideas. Y es que ponen su alma en la rima, ese latido que canta al compás de las palpitaciones de su corazón.

La predicción del poeta se cumplió, pero por motivos más prosaicos, que los que él insinuaba. La verdad es, que si es difícil hacer pensar a un hombre en el llano común en que vivimos, resultará más difícil hacerlo pensar en una cumbre. Si no quiere pensar apoltronado en su habitación, ¿cómo vamos a conseguir que piense, en un lugar determinado, en la nuca de los montes?

Pero yo tenía mis razones para proponer, un concurso de pensamientos de montaña, a los montañeros vascos. ¿No tenía derecho a suponer, que los hombres que aguardan con ansia el día de fiesta, para subir a bañarse en la soledad de las alturas, poseen un indudable poso de poetas?

Creíamos, que los hombres empapados del sentimiento de las cumbres, iban a vencer el espíritu chabacano de la ciudad, pero desgraciadamente, la coraza que llevan, forjada en la ciudad, es tan consistente, que les hace impermeables, a los fluidos de las cumbres.

Nos veremos precisados a opinar intelectualmente, que el último piso de una casa, es lugar más propicio para pensar, que el último piso de la tierra.

*
* * *

La pregunta definitiva y transcendental, salta de nuestros labios. ¿El deporte ayuda al hombre a pensar o a no pensar? Por desgracia, y generalizando con algún atrevimiento, el deporte, hoy por hoy, no es un estimulante para pensar, y no por falta de él, sino por culpa de los que lo practican.

Siempre ha sido creencia nuestra, que por medio del deporte, se conseguiría un saneamiento del espíritu en las juventudes, un producto más exquisito del pensamiento nuevo.

Pero tenemos que confesar nuestra decepción. El hombre se entrega al ejercicio físico, no con miras de espiritualidad, sino precisamente por no entregarse al ejercicio espiritual, (el más difícil de los deportes) para dedicarse al cual, no se siente o no quiere sentirse, con arrostos suficientes. Cobardía o pereza.

Aunque parezca paradójico, las dos características de la vida moderna, son la velocidad y la pereza. El hombre quiere ser más veloz, no para hacerse más activo, sino para darse menos trabajo en recorrer distancias.

El hombre moderno, es ante todo y sobre todo, espectador, (y sinó que lo diga el deporte mismo, convertido por esta causa en espectáculo.) Adora la popularidad, pero no quiere esforzarse en pensar, y ésta su pereza intelectual es halagada, al darse cuenta que la popularidad, (lo más envidiable para él) se la lleva el deportista, el hombre que se entrega de lleno al ejercicio físico, aunque en puridad, el deportista no sea esto. Si con saltos y carreras adquiere renombre en vida, ¿por qué pensar, para ser inmortal después de muerto? ¿Existe nada más paradójico que un muerto inmortal? La popularidad hay que cosecharla cuando se está vivo, cuando se puede disfrutar de ella; —piensa el hombre moderno— un muerto por muy popular que sea, se aburre mucho en el cementerio.

La muchedumbre, en Lindbergh o Chamberlain, no admira la tarea formidable de

estudiar concienzudamente la consecución de su hazaña; no, lo que arrastra a las multitudes, es la resistencia física que han demostrado. Se admira lo que se llama valentía física, y no se admira la única valentía verdadera, que es la del espíritu, ese rumiar prudente para dar un salto de semidiós.

El deporte no es un fin, como cree nuestra juventud; hay que convencerle que no es más que un medio, uno de tantos medios. Esto se conseguirá, una vez pasada la fiebre de la novedad; ya que el deporte es el juguete nuevo que han traído los Reyes Magos, a los niños de veinte años para arriba.

Entre tanto es preciso azuzar a la juventud con un *akullu* muy sutil, con un *akullu* que no solamente haga saltar sus cuerpos, sino también sus pensamientos.

* * *

Esto pretendí hacer yo, al proponer a los montañeros vascos, un «Concurso de Pensamientos de Montaña». Quise que esa convivencia entre la literatura y el deporte, tan necesaria para bien de todos, la comenzasen los que practican el sport más puro y más poético; quise que el deportista que consigue llegar a un lugar privilegiado, como es el de la cumbre, no la abandone, sin antes haber cosechado un fruto, a aquellos instantes emocionados; y quise sobre todo, que quedase algo práctico y aleccionador, de este nuevo amor, amor a la montaña, que brota con pujanza en nuestra juventud.

Con este fin, deseaba yo que se fuese reuniendo, una colección de pensamientos, llevando al frente el nombre de la montaña que los sugirió, para que escogiendo los más bellos, cada uno de nuestros montes vascos, contase con un lema colgado de sus cumbres, como cuelgan las aldeanas de sus orejas las primeras cerezas del verano. Legar nuestras montañas a las juventudes venideras y como testimonio de amor que las profesamos, una antología de las ideas de exaltación, que la hermandad con nuestras cumbres, hizo nacer en nosotros. Una demostración, de que los alpinistas de esta generación, no subieron a los montes como suben las mochilas.

* * *

Y para terminar, una pregunta agria a todos los montañeros vascos. ¿Será verdad, que para que triunfase nuestro «Concurso de Pensamientos de Montaña», sería preciso establecer como premio, no un trofeo evocador, sino una cantidad en metálico? En estos tiempos que corremos, en los que los jóvenes no juegan si no se les paga, ¿habrá que pagar también para que se piense?

Hasta la más leve insinuación, de atentar contra la pureza del único deporte que se mantiene sin mancha, sería bochornoso.